

silla para el rey nuestro señor y en el asiento correspondiente para la Majestad de su hija, no se veía sino el mismo brocado. La otra garra que había de ir siguiendo á esta, era en todo semejante á ella, y remolcaban á cada una tres barcos remeros vestidos de damasco carmesí.

FRAGMENTO



.

Gigante el mar, gigante é impetuoso,
 erizado de espuma y rebramando,
 de la incógnita nube que lo alienta
 trãe la furia y el violento empuje
 con que vuelca en la costa solitaria
 la mole resonante de sus olas.
 Vencido el huracan, vencido el trueno
 y domada la furia del torrente,
 del espacio en el ámbito sombrío
 tan sólo de la mar suena tonante
 el grito clamoroso, y de la roca
 el sordo retemblar. Sólo el Océano,
 nunca vencido, en combatir persiste,
 y á la faz de los cielos alarmados
 huye el descanso de la paz y mueve
 los recios batallones
 de gigantescas olas que combaten
 con la rabia tenaz del fanatismo
 y que al herir la ennegrecida roca,
 pãlidas de furor, nimbo de espuma
 ciñe sus altas frentes indomables.
 Como tropel de airados campeones
 que acrecen, fieros, la brutal pelea
 y ocupan, rebramando de coraje,
 el sangriento lugar de los vencidos,

desde el confin del pálido horizonte
las irritadas olas
avanzan con monótona cadencia,
y vencen la resaca, y en la roca
de flancos poderosos
impetuosas se estrellan, levantando
un alarido inmenso de victoria.
Mas la roca, doliéndose al empuje,
tiembla y ruga y vacila,
profunda gime y en la sombra hirguiéndose,
inmutable y soberbia se levanta....
Lentamente la mar cede en su empeño
y del luchar estéril fatigada,
mostrando su grandeza en la derrota,
con violento reflujo se retira
iracunda á batir playas remotas.
Ya no rugen las olas. Negra, augusta,
sobre el lugar se yergue del combate
la vencedora mole de granito,
y rodando á sus plantas mansamente
su lúgubre canción gimen las olas,
triste como el adiós á la esperanza,
profunda como el grito lastimero
del placer imposible.

JOSÉ MARÍA SALABERRÍA.

